

son abundante muestra. Sin embargo, no fue este un rasgo excepcional teniendo en cuenta la importancia de los caballos en usos, costumbres y economía del Río de la Plata. Lo que sí destaca es que Gardel pudiera convertir en bellísimos tangos una temática natural y casi privativa de folclore.

¿Era la representación de aspiraciones colectivas de ser ricos, exitosos...? ¿Condensaba el sueño de los inmigrantes que viajaron para «hacer la América»? En parte es cierto, aunque empobrecedor... Cantaba bien, excepcionalmente bien; encarnaba en el canto a los diversísimos personajes de un vasto horizonte humano: ¿no son fundantes razones para el entusiasmo popular?

Mientras tanto... ¿Sus amores? ¿Sus mujeres? Verdadero cono de sombra en la leyenda gardeliana ha dado tema a quien lo buscara, desde los que le adjudicaron una encubierta homosexualidad, tributaria del «único amor de su vida, la madre», hasta quienes le vieron tratante de blancas, gigoló internacional, inveterado y secreto Casanova del siglo XX. Otra vez la leyenda nos devuelve a la puerta y al muro del enigma. Cultivó la



**Carlos Gardel con Isabel del Valle, su novia adolescente**

amistad masculina sin rodeos, en las buenas y en las malas, amistades hasta la muerte en el accidente de Medellín. Quizá, reprobablemente, muchas horas de intimidad con la desnuda existencia, con el desamparo esencial, las compartió sólo con amigos. Y en ello no escapó a una costumbre, casi un rito, de estos rioplatenses integrantes o herederos de aquel torrente aluvional y migratorio, compuesto en un 70% sólo por hombres. Es cierto que caben las precisiones unamunianas para aquella época de la disociación entre esposa y querida, madre que siempre era una santa y amantes siempre prostitutas. En el Río de la Plata ello se veía aumentado por el hecho demográfico de la inmigración mayoritariamente masculina. Los burdeles y casas de baile donde alboreó el tango son una flagrante realidad; como bodegones y cafés que estiraron su aliento hasta la década de oro del renacimiento tanguero, la del 40, concurridos por una clientela exclusiva de hombres. Por regla de tres, por simple, aviesa proyección, una generalidad de rioplatenses caería bajo la presunción de los sospechosos biógrafos que inventaron la encubierta homosexualidad de Carlos Gardel. Por extensión, no escaparían a esta presunción los numerosos «amigos que se confiesan abandonados» por la percanta de las letras de tango.

Respecto a la trata de blancas, es cierto que fue íntimo de notorias madamas, entre otras de Madame Jeanne, en cuya «casa de señoritas» cantó horas antes de conocer la epifanía súbita en el cabaret «Armenonville», en 1913.

El tango canción de los primeros tiempos siempre estuvo mezclado con los ambientes turbios y las crudezas de la vida. Gómez de la Serna puntualizó que a diferencia de otras músicas populares «el tango es un tablón para los naufragos y un abismo para las mujeres (...) Tocan otras músicas para que se cierren las heridas, pero el tango toca y canta para que se abran, para que sigan abiertas, para recordarlas, para meter el dedo en ellas y abrirlas al sesgo»<sup>2</sup>

En verdad, hubo amistades no clasificadas con «Ritanas», «Margots», «Ivones», y otra, quizás espectacular, con la baronesa inglesa Sally de Wakefield. Se sabe que Carlos Gardel paseó colgando de su famoso brazo a la quincuagenaria noble, que correspondía con suntuosos regalos de gardenias con pétalos de oro..., y que financió parte de las películas gardelianas. Hechos, datos, personajes en momentos de su vida, entre viajes, «migraciones» por la pirámide social, intimidades, franquezas y picarescas. Tampoco faltó la consabida «novia oficial», aquella Isabel del Valle con quien compartió pisito puesto por él mismo.

Reservado, renuente a confesiones públicas, hay sin embargo dos declaraciones en las que quizá se perfiló inveterado Don Juan o airoso Casanova: «¿Para qué hacer desgraciada a una pudiendo hacer dichosas a tantas?» Y otra, tal vez precavida: «No me faltan, pero tampoco me sobran. Soy yo, sin embargo, el que no quiere avanzar un paso más allá de lo prudente con las mujeres. Anoté tres cosas que tengo en cuenta para no bandearme: cuido la salud, cuido la gola y cuido la tranquilidad. Si les dedicás más tiempo que el indispensable, la farra termina aplicándote la furca al físico, te arruina la voz y perdés la libertad, sos esclavo del metejón. Piano, piano... entonces... aunque me gusten como el arroz con leche».

En otra ocasión, a una cronista de *El Diario Nacional* de Bogotá, después que le insistiera sobre su opinión respecto al divorcio, hábil contestó: «Debido a mi carrera, no soy partidario del matrimonio...»

<sup>2</sup> Ramón Gómez de la Serna. Interpretación del tango. Alvino y asociado editores. Buenos Aires, 1979.